Entrevista a Laura Mercader

La creación puede convertirse en una herramienta para dar forma al malestar, para visibilizarlo, para generar un debate y un pensamiento crítico. Dentro de este marco, te queríamos preguntar cómo entiendes las posibilidades de politizar el malestar, tanto desde una perspectiva más amplia como también en relación con tu práctica personal.

Yo entiendo que desde el proyecto planteáis que el arte es un espacio y una práctica. Diría, que más que un espacio, es una práctica tanto para quien lo ejerce como para quien la recibe; por tanto, lo que ya estáis planteando vosotros es convertir el malestar en una práctica política. Esto lo encuentro, ya de entrada, muy interesante, porque estáis haciendo política de lo que es personal, y el origen está en el feminismo. Hacer de lo que es personal un acontecimiento o una práctica política, lo enseña el feminismo en todas las prácticas políticas del siglo xx e inicios del xxi. Por tanto, pienso que es importante no olvidar esta genealogía feminista que hay detrás de las teorías de hoy sobre el cansancio y el malestar. La habéis utilizado porque es muy amplia, pero el cansancio también entraría dentro del malestar. El malestar es una forma de estar mal en el mundo, es una forma de no estar en el mundo, porque, en el mundo, estamos. Y estar mal es una forma de no vivir. Es decir, entendido desde el «estar» como una experiencia vital... ontológica. Entonces, es como un tipo de paradoja, ¿cómo se puede vivir en el malestar? Y... es verdad que hoy parece que cada vez cuesta más vivir en plenitud. Supongo que vais por aquí, vosotros, y es toda esta línea de filósofos que están trabajando sobre esto.

Desde donde yo trabajo, que es el espacio de la política feminista, no trabajamos sobre el malestar porque entendemos que el malestar, o la politización, o convertir el malestar en una práctica política, ya es una práctica de la política masculina. Y pienso que aquí se ha perdido mucho: con toda esta reflexión las mujeres desaparecen. El origen del bienestar —no digo del malestar, digo del bienestar— es la relación con la madre. La política de las mujeres es la política de las madres, en el centro. Claro, el malestar está en todas partes, y entonces pienso que tenemos que enderezar la reflexión hacia aquí.

En relación con estas ideas, cuando mencionabas que lo que es personal es político, también se tendría que mencionar a los grupos de conciencia feminista que había que compartían y politizaban los malestares individuales y colectivos.

Por esto he insistido, desde el principio de la entrevista que me estás planteando, que convertir lo que es personal en político es uno de los grandes hitos políticos de la revolución política feminista, la única revolución sin sangre del siglo XX, y diría que del siglo XIX también, porque el movimiento se inicia en el XIX. Pero el siglo XX, diríamos que es el momento en que los esfuerzos cada vez obtienen más frutos. Es porque las sumisas son muy conscientes y empiezan con pequeños grupos de autoconsciencia. Además, es un momento en que el psicoanálisis había entrado en la universidad como método, había traspasado la clínica, por decirlo así: había las universidades como método de análisis cultural y social. Estos grupos de feministas empiezan, sea en California o sea en Francia, por ejemplo, aquí en

Cataluña también, en Italia, en muchos lugares diferentes, y cada país tiene su propia historia del feminismo. Estos grupos pequeños de autoconsciencia de mujeres que se reunían en casa de una, que se reunían para hablar de los problemas que tenían —y se percataron así, hablando de los problemas que tenían, hablando y haciendo simbólico— se dieron cuenta de que todas tenían el mismo conflicto, y por tanto que no era un problema personal, por esto lo que es personal es político. Claro, a unas, nos puede parecer que es un problema personal, de las relaciones con el marido, porque «yo no sé», «yo no estoy a la altura de lo que sea». Resulta que cuando lo pones en común, se convierte en un problema de todas y, por tanto, el malestar de las mujeres es un hecho político. El malestar de una mujer se convierte en el malestar de todas. Aquí empieza, y después esto se lleva a proclamas políticas, y digo proclamas a las manifestaciones. Por tanto, se lleva a la calle, porque hay varias modalidades. Aquí quiero decir que no hace falta volver a los setenta. La revolución en los setenta se hizo en los setenta, sirvió, y nosotras somos herederas de ello, y no hace falta volver porque estamos en un momento muy diferente.

Estos mismos que dicen que vivíamos en la sociedad del bienestar, ahora dicen que vivimos en la sociedad del malestar. Pues ahora estamos en la del malestar. ¿Y cómo nos arreglamos con el malestar? Porque aquí es como cada uno vive ese malestar. Yo creo que aquí, lo que necesita la política, no son tantas reivindicaciones y visibilizaciones, que es un primer paso, sino propuestas de cómo salir de aquí.

Estas ideas, las podemos conectar con la ética del cuidado. Las mujeres también tienen un rol esencial en la gestión del cuidado, los acompañamientos, en la construcción de otros espacios. ¿Cómo se podría relacionar esta ética del cuidado, esta otra manera de hacer, con las prácticas artísticas?

Hay una psicóloga social norteamericana llamada Carol Gilligan que tiene un libro que precisamente se titula *La ética del cuidado*. Este sintagma que me acabas de decir, esta expresión, *la ética del cuidado* viene de un libro de Carol Gilligan. Y en este libro, Carol Gilligan precisamente habla de comportamientos éticos diferentes entre hombres y mujeres, y de que el comportamiento ético femenino tiene en cuenta al otro, y esta es la ética del cuidado. Aquí, ¿qué quiere decir, cuidar? Es ponerte en juego en relación con otro, tener en cuenta al otro. Yo, lo poco que sé de la sociedad del malestar, del bienestar, de la sociedad del cansancio, precisamente de uno de los que se ha inventado esta idea de *la sociedad del cansancio*, Byung-Chul Han, que está planteando que hay que tener en cuenta al otro. Pues yo aquí pido que estos teóricos de la sociedad del malestar o de la sociedad del cansancio tengan en cuenta el pensamiento de las mujeres que han pensado en el otro, en la alteridad. Por ejemplo, María Zambrano, que habla de la política y de la filosofía de la muerte, o Hannah Arendt, que habla de la política del nacimiento o de la política de la muerte. Entonces, si todos estos teóricos del malestar, hombres, tienen en cuenta a estas mujeres, quizás entraremos en otra fase y ya no hablaremos de la sociedad del malestar, sino de cómo vivir en un sistema que genera malestar... Yo creo que aquí podemos empezar a hablar, pero si ya nos estancamos en el hecho de que vivimos en una sociedad del malestar, claro, es que no hay salida... ¿Cómo vivir en un sistema capitalista, neocapitalista, neoliberal, que genera malestar, y que

hace negocio del malestar? La economía del ocio. La economía del ocio, que está basada en los fármacos, en las drogas... es decir, en unos paraísos artificiales... El arte aquí juega un papel, los artistas tienen un papel de reflexión, o llevar a la práctica del arte en las escuelas, que haya más creatividad al mundo, que la gente, pues, en vez de emborracharse, dibuje, escriba poemas... Y que los artistas puedan trabajar sobre esto, que puedan hacer estos trabajos colaborativos, de economía colaborativa y abrir el espacio de arte y que la gente de los barrios sepa que hay formas de hacer en el mundo que son divertidas, pero que pueden enseñar a través de la diversión. Aquí ya no estamos en la sociedad del malestar, aquí ya estamos en la sociedad de la creatividad, y por tanto pienso que los artistas están trabajando en la sociedad de la creatividad, no en la del malestar.

Estas premisas también se relacionan directamente con esta potencialidad de dejarse tocar, de dejarse afectar, de la vulnerabilidad, de conectar con esta genealogía femenina...

Una de las grandes lecciones que he aprendido del feminismo, sobre todo del feminismo de la diferencia —a mí me ha liberado—, es que el patriarcado nunca ha ocupado la vida entera de una mujer. Si lo piensas, vas a mirar la historia de una otra manera, vas a mirar la historia de las mujeres, o el lugar que han ocupado las mujeres en la historia desde una amplitud, y no desde un camino estrecho como si no hubieran tenido lugar. Es evidente que en la historiografía masculina no han tenido lugar, pero si tú piensas que en la vida de una mujer el patriarcado no lo llena todo, ya le estás dando un espacio de libertad a aquella mujer. Y si lo miramos desde aquí, quiere decir que cuando vamos a mirar o a leer artistas, escritoras del pasado, podemos encontrar signos o huellas de libertad femenina. Esto, si lo aplicamos a la vida de hoy —ahora lo traigo a la actualidad— el sistema del capital no ocupa la vida entera de una persona, si una no quiere. Claro, si tú te quieres dejar tocar por el sistema, y te piensas que el sistema trae todos los problemas de tu vida, pues lucha contra el sistema y lo que harás será reforzar el sistema y te darás en la frente... Si lo vives desde este otro lugar, que te da la libertad de mirar, por ejemplo, la universidad es un sistema fundamentado en el conocimiento patriarcal porque es una invención, es una situación inventada por la cultura masculina.

Desde el momento que las mujeres entramos en la universidad, entramos en un sistema masculino y en un sistema de conocimiento masculino. Pues, de lo que recibimos, del conocimiento que recibimos, digamos, somos mínimamente responsables, pero si nos percatamos ya somos más responsables. Porque yo puedo ir en contra de la universidad patriarcal, pero si yo sigo manteniendo los conocimientos de la universidad patriarcal, aunque me manifieste cada día en la calle y haga piquetes, a mí me pueden decir «chica». Entonces, ¿qué quiero decir? Que yo estoy en un sistema o estoy en una universidad que es patriarcal, pero si yo me desplazo de este sistema y yo creo mi universidad de las mujeres, la universidad feminista, que es lo que hago con mi grupo de investigación, lo que hacemos en Duoda, que también somos universidad, significa que la universidad ya no es patriarcal, porque soy yo, está el otro; no damos autoridad al patriarcado. Y haciendo lo mismo con el capitalismo, pues me parece que iremos sacando a pequeños capitalistas de nuestras vidas. La sociedad del capital es la sociedad del

éxito, es decir, la sociedad del primero, y la competición es una invención masculina griega. La maratón era a ver quién era el primero, y si esto se ha llevado al mundo laboral y se quiere continuar en esta dinámica, si tú te desplazas de aquí y ya no quieres llegar primero o primera... No quieres ser la primera, quieres ser la primera en plenitud, pero no la primera en llegar. Para llegar la primera, en ocasiones, debes dar patadas... Como pasa en el arbitraje. Existe la figura del árbitro para vigilar que aquel no dé patadas al hacer gol... Pues si tu objetivo no es llegar la primera, sino llegar a lo que hagas, no desde el malestar sino a partir del bienestar, ya te estás desplazando. Por tanto, esta es una política antimalestar, también. La política de las mujeres es una política antimalestar, vista desde este lugar que estoy planteando...

En relación con esta fusión de la experiencia vital con la práctica artística, de conocimiento, vemos la importancia del compromiso y la voluntad de ubicarse en un determinado lugar. ¿Como entenderías la creación como necesidad? Una necesidad que se genera cuando vivimos en un entorno de dificultades, en relación con la experiencia de la ética del cuidado, etc.

Yo diría que las mujeres que entramos en un sistema masculino, fundamentalmente patriarcal, y que cuesta mucho cambiar, vivimos siempre en territorio de fragilidad. Y recupero las palabras que has utilizado antes: somos vulnerables y somos frágiles. Somos frágiles viviendo en este lugar. Y, por tanto, tenemos necesidades, o, dicho de otra forma, estamos más en la línea, en la frontera, en esa línea tan débil, tan frágil, de caer en el malestar. Por esto la depresión es una enfermedad más femenina que masculina, y es una enfermedad del siglo xx, a pesar de que empieza en los informes del siglo xix. Pero las grandes enfermedades de masas del siglo xx son la depresión y la obesidad, y tienden también hacia el siglo xxi. El sistema no cambia, por el contrario, va a más o tiene la capacidad de transformarse. Entonces, yo creo que las mujeres vivimos, ya en la perspectiva que estamos incorporadas en el mundo laboral, no queremos renunciar a incorporarnos en el mundo del trabajo, el trabajo entendido como se entendía antes, que es un lugar de realización, el trabajo como vocación, y no como necesidad para vivir. Ahora se ha convertido en esto, pero mujeres privilegiadas como nosotras, que aún hemos podido escoger, hemos querido estar en el mundo del trabajo porque nos gusta lo que estamos haciendo, aún podemos escoger el trabajo como vocación. Queremos mantener esto pero al mismo tiempo también queremos ser madres, y es lo que el feminismo dijo al doble sí: queremos ser madres y queremos ser madres con calidad, y no queremos dejar el crío a los tres meses, en pleno proceso de amamantamiento, en una guarderia, con todos los cuidados perfectos de las chicas que se encargan, pero no es lo mismo...

¿Qué quiero decir? Que entramos en este sistema de fragilidad. Y, entonces, ¿qué haces? Ahora, hablamos del sistema como si fuera el gran problema del mundo de las mujeres. El sistema no nos permite poder escoger este doble sí con plenitud. Nos dice: «No, no. Es que vosotros lo pedís todo, en la vida... Queréis trabajar y al mismo tiempo también queréis ser madres». Sí, queremos ser madres porque ser madre es muy importante para nosotras, pero es que trabajar también es muy importante para nosotras; no hay una cosa más importante que la otra: son las dos. El hombre puede dejar de ser padre un día, y otro día puede serlo. Nosotras no

podemos dejar de ser madres. Y no es que no podamos, es que no queremos. Algunas sí; pues que lo hagan, no pasa nada. No estamos haciendo ningún juicio moral, aquí.

En esta situación, todavía tenemos que decidir mucho más nosotras, porque entramos en un sistema que ha sido creado, un sistema de trabajo, un sistema de la enseñanza, un sistema institucional, etc. que ha sido creado para una forma de entender la vida humana, que es la vida humana masculina. Y cuando entramos las mujeres, que tenemos otro tipo de vida, otro tipo de necesidades, necesitamos el baño más cerca que los hombres. A ver, hay hombres que tienen problemas de próstata. Nosotras no tenemos problemas de próstata, pero tenemos otros problemas, como la regla cada mes. Al menos durante una época de nuestra vida. No sé, tener el baño en la otra punta del puesto de trabajo puede ser un problema. Ahora me ha venido este ejemplo y seguro que hay otros más ilustrativos. Así que, volviendo al tema —y no sé si te estoy respondiendo a la pregunta—, lo que sí tengo muy claro es que hombres y mujeres vivimos en este mundo de forma diferente, que ser mujer se escoge sabiendo que no se puede escoger, pero sí que lo podemos escoger, y que, en el malestar, las mujeres tenemos mucho que decir porque somos expertas en el cuidado.

En relación con la experiencia de muchas mujeres —y hombres también, pero principalmente es una cuestión femenina— con el tema del cuidado, hablaba de esta forma de entender la creación como una necesidad. Venía un poco en relación con el hecho de que hay autores, desde varios ámbitos, que hablan de cómo la pulsión creativa es lo que permite llegar al final del día, les ayuda a gestionar los conflictos, y, al mismo tiempo, a compartirlos. Y aquí, entonces, la dimensión política, lo que es personal es político, como has mencionado al principio.

En el momento que el feminismo lleva a la calle lo que es personal, es político. La política se convierte —deviene— en el arte de la convivencia, el arte para conseguir la convivencia, y, por tanto el arte para conseguir la felicidad. Una de las cosas que también más me ha servido del feminismo de la diferencia es la separación entre política y poder, es decir, la política no es el poder... No son sinónimos. El poder se ejerce, la política se hace, se practica, y no son lo mismo. Por tanto, si entendemos el arte de la política como el arte de la gestión del bienestar, de la gestión de la convivencia humana y de la felicidad de las personas, ya estamos politizando el malestar. Pero entonces ya no desde el malestar, sino desde el bienestar... Y también creo que una buena estrategia política sería la política del bienestar; no hablar más del malestar. Esto es muy masculino; hacemos política del bienestar... Y fíjate que, ya simbólicamente, nos situamos en otro lugar, empezamos a hablar de qué es lo que nos hace felices, y yo lo prefiero.